



El Arzobispo Metropolitano de Buenos Aires Josif

HOMILIA

Domingo de Pentecostés

“Παράδοξα σήμερον εἶδον τὰ ἔθνη πάντα ἐν πόλει Δαυΐδ...”
“Cosas extrañas vieron todas las naciones hoy en la ciudad de David...”

(De los Ainos de la Fiesta)

Hoy la Iglesia celebra la gran fiesta del Pentecostés, durante la cual la *Theotokos* y los discípulos recibieron de manera patente y sensiblemente revelada en el “tipo” de lenguas de fuego la promesa de la “prenda” que había prometido el Cristo-Mesías antes de ascender a la dimensión del Padre.

Hoy se cumple la promesa y se completa la obra de la “redención” trinitaria que, a su vez, se refiere a la “revelación”, no solo como clave hermenéutica de la articulación teológica-litúrgica desde el comienzo del *Triodion*, sino como su significación homóloga dentro del ámbito de la teología ortodoxa. El motivo de la “revelación” del Cristo-Mesías es aún más evidente luego de la gran fiesta de la Pascua. Los domingos precedentes al Pentecostés presentan perícopas evangélicas de las cuales la clave hermenéutica común es el *darse a conocer* del Cristo-Mesías, así como la *recepción* de esa identidad por parte de sus interlocutores. En todas ellas se evidencia más que claro el vínculo existente entre redención-salvación y revelación-manifestación.

La evolución “económica” divina –o también llamada Providencia-, que viene descrita a través de esta díada conceptual – y por ello “apocalíptica-redentiva”-, tiene su punto o momento culmine en el evento que conmemoramos hoy: el envío del Espíritu Santo. En un “*Káthisma*” del Matutino se lee: “*La posfiesta celebremos gozosamente, oh fieles, la última fiesta: este es el día de Pentecostés: cumplimiento de la promesa y de lo preestablecido; porque en él el fuego del Paráclito baja a la tierra en forma de lenguas, e ilumina a los discípulos y los manifiesta como iniciados en los misterios del cielo: la luz del Paráclito se hace presente e ilumina el universo.*” La prof. Despo Lialiou nos aclara que esta referencia a la “última fiesta” es del todo consecuente con la coherencia hermenéutica que conlleva toda la arquitectura litúrgica ya desde el *Triodion*, y que se resume en dos ejes conceptuales contrastantes, a fin de poder así dar el sentido holístico de

continuidad y de trascendencia entre el antiguo Israel y la nueva Iglesia: *prefiguración-promesa* (A.T) y *trascendencia-completación-perfección* (N.T).

La fiesta de los “cincuenta días” ya se festejaba en los tiempos de Jesús. Para el pueblo judío, la fiesta de las *Shavuot* ((7) semanas) tiene lugar cincuenta días después del *Pesaj*. Primitivamente y siguiendo el año agrícola, era la segunda fiesta del calendario, la fiesta de la cosecha, por ello también es conocida como fiesta de las “primicias”. En este contexto, los primeros frutos se ofrecían a Dios en ofrenda. Luego, se ha de asociar a esta celebración el recuerdo de la transmisión de las Tablas de la Ley a Moisés, es por ello que se convirtió, entonces, en la celebración de la Antigua Alianza entre Dios y su pueblo. En este presente contexto la fiesta se caracterizaba por los holocaustos y por la purificación del altar luego de los mismos con agua extraída de la ya conocida fuente de Siloé.

La fiesta en la época de Jesús duraba una semana. Jesús se encontraba con sus discípulos en Jerusalén para tales festejos. La perícopa evangélica hace referencia a este evento. En el día más solemne de la fiesta Jesús, encontrándose en el templo, con toda la muchedumbre presente se para y *proclama a viva voz: «El que tenga sed, venga a mí; y beba el que cree en mí». Como dice la Escritura: "De su seno brotarán manantiales de agua viva"*. Es difícil desde más de dos mil años ponderar la situación, pero utilizando quizás deliberadamente la fantasía, creo que la escena debió ser de alto impacto en la congregación: ¿Dónde se vio tamaña audacia? ¿dónde se vio semejante seguridad? *¿Dónde se vio tanta Verdad?: "Ellos respondieron: «Nadie habló jamás como este hombre»"*.

Estamos ante una revelación pública del Mesías-Cristo. No es privada, como sucedía con sus seguidores o con otros individuos. Esta es clave, ya que se realiza en una fiesta mayor; aún más, en su culminación, y en el templo. Sin tapujos Jesús, el de Nazaret, el nacido de María e hijo de José, proclama a viva voz su verdadera identidad. Este hecho, evidentemente, no pasó por desapercibido. Como dice el Evangelio creó disensión entre los presentes. Y es natural que así sea. No es un hecho común: estamos hablando del Apocalipsis de Dios. Y el Cristo-Mesías no elige otra fiesta, elige la fiesta en cuestión que, a partir de ahora, la comprendemos como la prefiguración de aquella nueva que se ha de suceder análogamente luego del sacrificio del mismo en la cruz y de su resurrección a los tres días.

Los dos elementos propios de la fiesta –agua y luz- son utilizados por el Cristo-Mesías para referirse a su identidad y a su operación. Nos dice el Crisóstomo: *“Que habla de bebida espiritual, lo demuestra por esto que aduce después: «el que crea en mí, como dice la Escritura: de su seno correrán ríos de agua viva.»*. Pero ¿dónde dice esto la Escritura? *En ninguna parte. ¿Cómo entenderlo, pues? Separando: «El que cree en mí, como dice la Escritura», para añadir después: «De su vientre correrán ríos de agua viva», manifestando que se debe tener un conocimiento recto, y así por los milagros y las Escrituras creer en Él. Por eso dijo antes «Escudriñad las Escrituras». (In Ioannem, Hom. 50, No. 38)*

Nuevamente el tema de la fe. Efectivamente, por que el Pentecostés es bautismo: es *bautismo y eucaristía* concomitantemente, como nos dice la Prof.

Lialiou. La fe es, pues, la dinámica propia de la **receptividad** de toda la persona humana que se dilata hacia el Infinito-Increado. Es por ello *conditio sine qua non* no solo para que el Cristo-Mesías se revele, sino para que envíe la prenda del Paráclito y, de esta manera, produzca la consecuente expansión sistémica, irreversible y definitiva de aquella: τὸ κήρυγμα –el kérygma- la proclamación: solo comparable a la profecía de los profetas y al martirio de los mártires.

La proclamación es un movimiento expansivo de toda la existencia humana producido por el Espíritu y que tiende a *revelar-comunicar-compartir-* a todos los pares creados –y a toda la creación- la experiencia viva de Dios: es la extensión de la *revelación-redención* divina en los redimidos, *no per natura, per gratiam*.

Se trata de un movimiento *trascendental-transpersonal*: es destruido el “ego” en cuanto es superado por el Cristo-Mesías ya plenamente identificado en la persona: “*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.*” (Gal. 2:20). Es un movimiento espontáneo, holístico, que no conoce barreras de ningún tipo, ni prejuicios, ni límites; es convergente y congregante, es dinámico, es unitivo, es armonizador, es perfeccionador, es redentor: “*El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; A pregonar libertad a los cautivos, Y vista a los ciegos; A poner en libertad a los oprimidos.*” (Lc. 4:18)

La proclamación –el kérygma- es un movimiento *pneumatocinético* – πνευματοκίνητος- que amplía y **transmite** indeterminada e ilimitadamente –a todos y a todo- la **presencia de Dios** en el teóforo: es el brotar de las aguas vivas que se refiere el por excelencia “*pneumatóforo*” Cristo: “*Dijo ríos, y no río, para denotar la abundancia copiosa de sus aguas. Llama agua viva a la que obra siempre, porque la gracia del Espíritu Santo, cuando entra en un alma y allí se detiene, brota más que cualquier fuente, y no disminuye, ni se seca, ni aun se detiene.*” (In Ioannem, Hom. 50, No. 38)

Es así como a través de esta operación divino-humana de proclamar la “buena nueva” ésta se va a expandir por toda la ecúmene. El antiguo Israel se dilata y se convierte en la Iglesia de las Naciones; la antigua prefiguración se hace realidad; y las promesas todas del A.T vienen a ser cumplimentadas aquí y ahora con la venida del Paráclito. El misterio de la divina economía se perfecciona y, a partir de ahora, el Espíritu de Dios señorea *manifiesto y ostensible en, sobre y por* toda la creación. El Pentecostés es la primicia, la primera cosecha de los frutos del Espíritu: así profetas, apóstoles y luego mártires y santos –los amigos de Dios- han de contarse entre los que son los canales naturales de este río de agua viva que inunda ilimitada y plenamente a toda la creación, desde su principio hasta la segunda venida del Cristo Mesías: a Él –**en, por y desde** el Paráclito Vivificador- la gloria y el honor por todos los siglos. Amén.